

El cumpleaños de Wynd

Aren llevaba unos días raro. Actuaba con secretismo, parecía nervioso y se comportaba de una forma evasiva. Por ejemplo, por las mañanas siempre estaba despierto y en pie antes que ella. Y eso no sucedía jamás. Normalmente, era Wynd quien amanecía primero y cuando trataba de ponerse en marcha él le lanzaba un brazo por encima y la impedía moverse.

Con el tiempo Wynd había descubierto que Aren era una persona extremadamente cariñosa. Cada vez que estaban juntos en una habitación él debía estar tocándola de alguna forma. Lo hacía de una manera casual, le pasaba un brazo por la cintura, le acariciaba la piel de la muñeca, jugueteaba con sus dedos, apoyaba la barbilla en su cabeza o en su hombro. La besaba, sobre todo cuando ella estaba enfadada o refunfuñando.

—Siempre tan arisca, Pecas —le decía.

A ella le gustaba haber descubierto esto de él. Su nueva vida era tranquila, a veces triste, un poco melancólica, pero plena. Echaban de menos a su familia, era un sentimiento agri dulce, porque se mezclaba con la paz que les daba saber que estaban en un lugar mejor, que habían hecho todo lo posible por ponerles a salvo y que seguramente serían felices.

Pero Wynd y Aren tenían lo que habían deseado, futuro. Conocerse tanto y tan profundamente que eran capaces de amar todo, hasta sus extrañas manías y defectos. Y era esa calma, esa comodidad la que los hacía relajarse por completo al lado del otro. Eso era el amor, ese que tanto había anhelado mientras crecía, no tener que pretender, no tener que edulcorar o camuflar ninguna parte de sí misma. Simplemente ser.

Con Aren podía ser dulce sin avergonzarse; bueno, eso todavía lo estaba trabajando. Podía ser divertida, incluso hacía bromas que a él siempre le hacían llorar de la risa.

—Pecas, no puedes hacer una broma mientras miras con ojos asesinos y haces esa mueca horrorosa. Has asustado al pobre mediano.

Esto había ocurrido un par de semanas atrás, cuando en los bosques se encontraron con un mediano mientras buscaban posibles rastros de Devoradores de Almas.

Wynd observó a Aren salir del pequeño apartamento y dirigirse a uno de los puentes que cruzaba hacia el cuarto cuadrante. Un grupo de pixies lo saludaron animadas y rieron ruborizadas cuando él les dedicó una sonrisa.

Después de que los sidh y mestizos desapareciesen de Abscondita, las criaturas ancestrales que estaban esclavizadas para ellos en la ciudad, en el castillo y en la Academia, habían comenzado a ocupar Oed, reconstruyéndola tras la batalla con Axel.

Todavía quedaba por las calles el rastro de las decoraciones de las fiestas del solsticio de invierno y las celebraciones del año nuevo. El cielo estaba claro y hacía un frío que calaba en los huesos. Hasta el agua de los canales se había helado y los trasgos vendían unas cuchillas para los zapatos para que la gente pudiese desplazarse por el hielo.

Wynd se encaramó a la ventana del apartamento, que había pertenecido a Lebhar, y se descolgó por la cornisa del edificio siguiendo a Aren desde las alturas. Le recordó a sus días como Moonlight.

Tramaba algo y Aren siempre era peligroso cuando tramaba algo. Por las fiestas del solsticio le había regalado un gorro encantado que cambiaba de color y forma según las emociones de quien lo llevase. El muy idiota se había pasado horas riéndose.

Por supuesto, su primera parada fue Idunn: pasteles de diosa. Ahora lo regentaban un enano gruñón y un gnomo regordete. Aren iba un par de veces todas las semanas para probar sus tartas y juzgarlas.

—Está poco esponjosa. Lo más importante es que el bizcocho nunca esté seco, en Himalia les quedaban secos. Mi amigo Thorn, pobre ignorante, pensaba que esa era la mejor pastelería. Tuve que darle un par de lecciones, diría que fui su guía espiritual en muchos aspectos, pero sobre todo en lo que a repostería se refiere.

Después de pasar un rato allí volvió a ponerse en marcha. Se cruzó con Lirael, la pixie que había hecho sus armaduras y espadas para la gran batalla contra Axel y los devoradores.

—Ya casi tengo listo el encargo de la señorita Wynd —dijo con su voz como campanillas.

—Estupendo. ¿De qué se trataba esta vez?

—Un conjunto de espadas dobles. A cambio me trajo corteza de un roble de sangre. Si puede decirle que se pase por el taller, tengo más encargos que hacerle.

—Apiádate de mí, Lirael. Wynd tiene la casa llena de armas a modo de decoración —se agachó para hablarle en tono confidente—. A veces, cuando cree que nadie la ve, les habla mientras les saca brillo.

Wynd sacudió un par de hojas secas y un panfleto que había en un lado de la calle con un hechizo de viento y los movió hasta que golpearon a Aren en la cara. Se ocultó

detrás de una chimenea mientras se reía. A Lirael se le pusieron las mejillas rojas mientras se aguantaba una carcajada.

Finalmente, Aren se dirigió hacia una de las puertas de la muralla. Wynd lo siguió saltando por los tejados y las cornisas. Y pensar que apenas unos cuantos meses atrás estaba haciendo lo mismo, aunque entonces había deseado matarlo.

A veces echaba de menos sus días de asesina, la habían criado para ello así que el instinto estaba ahí. Adoraba la caza, la adrenalina que le provocaba. Entrenaba casi todos los días, si no se apoderaba de ella una energía nerviosa que la hacía subir por las paredes, aunque a Aren se le daba bien aplacarla. Cuando entrenaba con Wynd siempre acababan enredados en el suelo; la violencia daba paso al deseo.

A pesar de que ahora ella apenas tenía magia en su interior, seguía siendo mejor guerrera que Aren y le gustaba presumir de sus dotes.

Por eso, después de los primeros meses en los que habían sanado sus heridas tanto exteriores como interiores, habían comenzado a viajar buscando posibles devoradores supervivientes. También aceptaba peticiones de los comerciantes. Eso le había devuelto un poco la cordura.

Aren se ocupaba de coordinar la reconstrucción de la ciudad. Asesoraba, en general, a todos los que habían comenzado a vivir en Oed; siempre lo negaba pero en realidad tenía buenas dotes de mando.

—Prefiero ser un consejero más que un líder, una figura en las sombras. No quisiera deslumbrar demasiado con mi presencia. Ya sabes el efecto que causo en los demás —decía.

—¿La violencia?

—La fascinación.

—Tienes razón, eres fascinantemente irritante.

—Ay, siempre tan poco sincera con tus sentimientos, Pecas —le dijo mientras la envolvía con sus brazos con cariño y ella, en secreto, sonreía contra su hombro—. ¿Sabes cuando me cambio por las mañanas? Pues, si te miras al espejo en ese momento, la cara que pones es la que todos tienen al observarme. Se llama quedarse embelesado —le susurró, entonces.

Wynd acabó empujándole, lo que lo hizo reír.

—No te avergüences, yo me siento igual al mirarte hacer cualquier cosa, hasta servirte el café.

Solo él podía ablandarla de esa manera. Solo él podía decir la mayor cursilada y que ella no quisiese poner los ojos en blanco.

Aren salió de la ciudad y se adentró en el bosque de espinas por un camino. Poco a poco el veneno que había corrompido su mundo había ido desapareciendo y la naturaleza había comenzado a sanar. Los árboles ya no se retorcían y el bosque había dejado de ser un lugar tenebroso y agresivo.

Wynd caminaba con cuidado sobre las ramas siguiendo los pasos de Aren, preguntándose dónde se dirigiría y qué iría a hacer.

De vez en cuando se podía ver a un tángano deslizarse entre los troncos mientras recogía hongos y hierbas. Lo que antes era un lugar casi yermo y deshabitado ahora estaba lleno de criaturas, tanto animales corrientes como mágicos.

Era eso lo que hacía que Wynd se sintiese en paz consigo misma y con la decisión que había tomado. Su sacrificio merecía la pena cuando veía cómo aquel lugar sanaba. Sabía que Meridia estaría orgullosa de ella. El bosque en el que había estado a punto de morir de niña, ese lugar que había sido una tumba para los suyos, ahora rezumaba vida; era un lugar donde la naturaleza ofrecía refugio.

Wynd no solía llorar, pero le escocieron momentáneamente los ojos al pensarlo. Donde quiera que estuviesen Lebhar y Cordelia, esperaba que también hubiesen encontrado su paz y que la perdonases por no haberles seguido.

Aquel era su hogar y para alguien que nunca lo ha tenido, era algo muy valioso.

Aren se frenó de golpe y miró hacia arriba.

—Ya puedes bajar, casi hemos llegado.

Wynd hizo un sonido de fastidio.

—¿Cuándo te diste cuenta? —preguntó saliendo de entre las ramas y descolgándose poco a poco.

—Te olvidas de que nuestras almas están conectadas y de que sé lo mucho que te gusta hacer de espía —se rio.

Cogió a Wynd de la cintura cuando saltó de la última rama y le dio un beso suave y profundo. Siempre le gustaba tomarse su tiempo en esas cosas, como si los minutos se detuviesen solo para ellos, como si el mundo parase y dispusieran de una breve eternidad para recrearse el uno en el otro.

La cogió de la mano y la condujo por un hueco entre los árboles. Llegaron a un pequeño claro. Arriba había una cabaña y un camino de puentes colgando entre los árboles.

—Feliz cumpleaños, Pecas —dijo Aren.

Wynd frunció el ceño y apartó la mirada de la cabaña para dirigirla a él.

—¿Qué...?

—Hemos tomado prestado el apartamento de Lebhar, pero he pensado que ya es hora de que tengamos un lugar que sea plenamente nuestro. Yo crecí en el palacio de cristal, aunque nunca lo consideré mi casa y a ti te ocurre lo mismo. No es que el apartamento no me guste, pero está lleno de las cosas de Lebhar y lo respetamos demasiado para tocar nada. Quiero que tengas un sitio que sea tuyo, tu lugar al que volver, tu sitio seguro. Y como sé lo ermitaña que eres y lo mucho que adoras las alturas, pensé que este lugar te gustaría. Además, nunca eres más feliz que en el bosque, no paras de aceptar encargos para tener una excusa y salir y recorrerlo. Así que pensé que este sería un regalo ideal para tu primera celebración de cumpleaños.

Wynd tardó unos minutos en ser capaz de hablar. Y por eso quería a Aren más allá de lo que era capaz de racionalizar o de expresar. Él tenía el don de tocar todas las fibras sensibles y rotas de su ser y de alguna forma sanarlas.

Dos lágrimas gruesas resbalaron por su rostro, recordó a esa niña pequeña, hambrienta y asustada que se había encontrado con dos niños tras un muro. Y pensar que uno de ellos era él. Que esos dos niños separados en dos mundos distintos e irreconciliables, ahora se encontraban uno frente a otro, todavía llenos de heridas y cicatrices, pero ya nunca más solos.

Aren le secó las lágrimas con los pulgares.

—Lo sé, yo también me emociono con mi virtuosismo —bromeó para quitarle un poco de peso al momento.

Wynd sacudió la cabeza.

—¿Te gusta? —preguntó más en serio, un poco ansioso, incluso—. Sé que nunca has celebrado tu cumpleaños y tú hiciste que el mío fuese inolvidable— dijo recordando el día que habían pasado juntos y la fiesta con su madre y todos sus amigos, la primera vez que se había sentido tan amado—. Así que, quería hacer algo especial.

El toque de vulnerabilidad en su voz y en sus ojos fue lo que terminó de romperla. Era una parte de Aren que solo ella podía ver y le gustaba demasiado, siempre la desarmaba.

—¿Es esto una competición? —gruñó ella limpiándose más lágrimas.

Aren soltó una carcajada.

—Solo tú puedes tomarte un regalo como una afrenta —rio.

—Haré que tu siguiente cumpleaños llores de emoción, ya verás.

Aren la rodeó con los brazos.

—Me alegro de que te haya gustado —susurró.

—Te quiero —murmuró Wynd con la garganta apretada—. A mí no se me da tan bien expresar lo que siento como a ti. Pero la forma en la que te quiero es... es como el viento acaricia las hojas de los árboles: sin ser visto, pero siempre presente, constante y eterno. Porque entre ellos hay algo que ni el tiempo ni la magia puede romper, algo que trasciende los pactos, los juramentos. Pues te quiero de esa forma, como la naturaleza quiere lo que es suyo, con esa magia que es imposible de explicar y capturar, como la estrellas quieren a la noche. No, como las estrellas *necesitan* a la noche para poder existir.

Aren la apretó más fuerte, consciente de lo valiosas, únicas y difíciles que esas palabras eran para ella.

—¡Vaya! Y eso que todavía no te he enseñado la cabaña por dentro. Prepárate porque cuando la veas vas a querer arrancarme la... —Wynd le tapó la boca y le dio un codazo saliendo de sus brazos y dirigiéndose hacia las escaleras.

Tras ella oyó las carcajadas de Aren, le encantaba avergonzarla.

—Esto se llenará de arctodus —criaturas similares a los osos, pero mucho mayores, más poderosos y agresivos— hambrientos en primavera, cómo me voy a divertir pelando con ellos.

—Claro que sí, luchar con arctodus rabiosos, lo que todo el mundo considera el epítome de la diversión. Eres tan rarita, y te quiero tanto por ello.

Wynd sonrió satisfecha.

Sabía que aquello no duraría para siempre. En algún momento se marcharían hacia el norte, a Kheima. Aren tenía asuntos que resolver allí y la perspectiva de nuevas aventuras siempre la emocionaba. Aunque ahora tendrían un lugar al que volver, un sitio en el que hacerse mayores. Esa idea que jamás se había parado a contemplar, y que ahora la atraía tanto.

—Y tendremos que hablar de todas tus armas.

—Sombra y Muerte necesitan hermanas.

—Yo creo que están bien, se pondrán celosas.

Wynd estiró la mano hacia Aren para que se la tomará y juntos entraron en la cabaña.